

dad de los abismos de ese corazón que se halla siempre rebosando amor? El amor humilde y rendido de un hijo, que se arroja en el seno de su madre, y que sabe que es nada cuando se halla fuera de ese seno, es el solo que se anima á tanto. ¿Por ventura una madre no dará á sus hijos cuanto tiene, inspiración, amor y suavísimas palabras? Ved aquí la grande y sólida confianza, que me hace escribir el presente libro, que, ofrecido á la gloria de mi dulce Madre, tiene por objeto que los hombres la amen más y más. Quiera nuestra amada, esa Niña que nos roba el corazón, recibir con agrado el humilde trabajo que emprendemos por Ella, y derramar sobre él su bendición. ¿Trabajo? No he dicho bien; es consuelo, son delicias, es descanso apacible y amoroso ocuparse en las glorias de María, la santa, la hermosa, la llena de gracia y virtud; la Madre de Dios, la Reina del cielo, el encanto y la gloria del mundo, el consuelo, el amparo, el refugio de todos los hombres, la perfecta y sin mancha, la más pura de las vírgenes, la más tierna de las madres.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA ESPERANZA MÁS BELLA DEL MUNDO.

§ I.



RA en el principio del mundo, una tarde triste y nebulosa; la inocencia había huido del Edén, y Dios se hallaba por la vez primera irritado contra el hombre por su grande y espantoso crimen; salieron de los labios del Señor terribles maldiciones; los dolores, las desgracias, la muerte. Momentos antes era Adán el rey de la creación; es ahora un infeliz que irá regando el suelo con su llanto. Mas ¿no es acaso el que lo crió un padre lleno de ternura y de bondad? Ciertamente lo es; pero Adán había pecado: no quiso obedecer á Dios, y comió ingrato la fatal manzana; y no fué por cierto la ignorancia la que extendió su mano al árbol que el Señor vedara (1): era, por lo mismo, indispensable que la justicia hiriese con sus rayos la frente del culpable; mas el polvo y la ceniza que era el hombre, ¿pudiera nunca reparar las

(1) I Tim. II, 14.

ofensas del Eterno? Por otra parte, ¿cómo las obras del Señor, efectos de su amorosa omnipotencia, tendrían tan triste fin? Es, y siempre ha sido, Dios, admirable en sus consejos, y sus misericordias son sobre todas sus obras. Adán no quedará sin esperanza y sin remedio, y por esto, antes que sienta el peso de la terrible mano del Señor, su Majestad, para que no desfallezca enteramente, lo sostiene anunciándole el perdón: «Una mujer quebrantará tu cabeza», dijo Dios á la serpiente. Tendió entonces, nuestro triste padre, sus miradas á un lejano porvenir, descubriendo una ráfaga de luz que descendía del cielo é iluminaba el fúnebre horizonte de su vida. «Una mujer, decía en su corazón el desgraciado, una mujer es mi esperanza; una mujer enjugará mi llanto, derramará la luz en mis caminos, consolará mi triste corazón.»

Adán dejó el paraíso donde, amoroso, el Señor le colocara un día; salió llorando; más con todo, llevaba en su alma, como riquísimo tesoro, la esperanza de volver á entrar en él. Cuando volvía sus ojos al Eden perdido, y recordaba su belleza encantadora y su pura y espléndida luz; sus auras embalsamadas con deliciosa fragancia; el cielo purísimo y sereno; las fuentes llevando cristalinas aguas, de murmurio apacible y cadencioso; cubiertas las praderas de mil flores y las aves de riquísimo plumaje, cantando dulcemente; y todo esto perdido en un momento; y en cambio tener un triste cielo, donde la negra tempestad condensa sus horrores y lanza el rayo y hace resonar el sordo trueno; y en cambio dársele también una

tierra cubierta de estériles abrojos, y son turbias las aguas de sus fuentes, y hanse tornado en huracán los vientos. Adán entonces, oprimido el corazón, exhala un suspiro, y sus ojos derraman triste llanto. ¡Cuántas desgracias y amarguras cuántas le ha traído la fatal manzana! ¿Cómo no sucumbir al peso del dolor que desgarraba su alma, siendo tan grande y terrible su desgracia? Sin embargo, Adán no sucumbió. La esperanza, la esperanza hermosa y bienhechora, cual sonrisa del Eterno, lo pudo sostener, y lo sostuvo. ¿Quién, por lo mismo, puede comprender toda la fuerza celestial que encerraba esa esperanza, los suavísimos encantos que iba derramando en el lacerado corazón del hombre? ¡Oh, con cuánta ternura, en la efusión de su alma, bendeciría la mano adorable del Señor que la depositó en su seno, como un germen de vida y de consuelo! ¡Cómo, entonces también, reconocería, más tierna y atractiva en Dios, la bondad de padre que así suavizaba su infortunio, después de sus ofensas! Saludaría esa esperanza bendita, enviándole su amor; amor que atravesando los siglos, pasaría cien y cien generaciones, llegando, en fin, á la cuna de la anunciada del Señor, rindiéndole sus homenajes.

Desde Adán el mundo vivió de la esperanza: en la plenitud de los tiempos, llegó esa mujer prometida y de Ella nació la salvación del mundo: desde entonces á nosotros. Ella ha seguido siendo la esperanza. Mas ¿por qué no decimos su nombre de consuelo, ese nombre más dulce que la miel? María, hé aquí cómo se llama la esperanza de los hombres. ¿Quién es María, la encantadora

y celestial María? No nos debe parecer extraña tal pregunta. Las amigas de la esposa preguntaban admiradas: ¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas? ¿Quién es ésta que va subiendo cual naciente aurora, bella como la luna, brillante como el sol? ¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias, apoyada en su amado? (1).

¿Quién es María? Es aquella purísima criatura predestinada por Dios desde la eternidad para Madre de su Verbo; es la siempre amada del Señor, en cuya alma no se halló sino la pureza, el esplendor, la santidad; á quien se le dan por el Eterno los nombres más amados: es la paloma, la escogida, la amiga, la hermana, la esposa, la inmaculada, la reina, el cielo, la nube, el oriente; y á la que, en la efusión de su ternura, una y otra vez Dios le dice: «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» (2). Cuando escuchamos los acentos de la voz divina que así cubre de elogios á María, comprendemos cuán grande es á los ojos del Señor: y grande, muy grande, cual ninguna otra lo fuera, tenía que ser la incomparable y agraciada Niña para ser llamada, con justicia, la esperanza más bella del hombre. Eran inmensos los males que éste lamentaba; profundísimo el abismo en que yacía; eran sus dolencias extremadas: sólo la omnipotencia del Señor podía darles

(1) Cant. III, 6; VI, 9; VIII, 5.

(2) Cant. I, 14; IV, 1.

el remedio; su mano, nada más su mano soberana, era capaz de alzarlo del abismo; pero Dios quiso que la salud viniera por María, y á sus plegarias dióles una fuerza irresistible. Y no bastaba para ser nuestra esperanza que María todo lo pudiera con sus ruegos; debía ser su corazón en todo tiempo una fuente inagotable de bondad; corazón que al solo nombre del dolor se conmoviese; que preguntara por la triste mansión de la desgracia, llevándole el auxilio y el descanso, é hiciera siempre suyos los ajenos males. Y así fué como formó el Señor el corazón de aquella prodigiosa Virgen que había de ser consuelo de afligidos.

Detengamos un momento nuestra consideración en los grandes destinos que Dios señalaba á María desde la eternidad. Decretada la encarnación del Verbo del Padre, fué vista también en la divina mente la existencia de la dichosísima criatura que le daría en el tiempo el sér de hombre: un mismo decreto comprendió á los dos: al Hijo y la Madre (1). Ahora bien; el Hijo de Dios venía á salvar el mundo: consagrado con la unción divina del Espíritu Santo, era su misión evangelizar á los pobres, consolar á los que tenían el corazón contrito, anunciar la libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, aliviar los oprimidos, y promulgar el año de las misericordias del Señor (2). Para esto nos visitó con entrañas llenas

(1) Bull. dog. Pii. P. IX

(2) Isa., LXI, 1, 2; Luc., IV, 18, 19; Beda ap. Sylv. Addit. in Luc.

de misericordia (1). Hé aquí como era también necesario que viniese al mundo la Madre del Señor; con la plenitud de toda la gracia que tendría Jesús, si bien diferentemente (2); enriquecida con todos los dones del Señor, de tal manera, que todos pudiéramos recibir de su plenitud: el cautivo, la redención; el enfermo, la salud; el triste, el consuelo; el pecador, el perdón; el justo, la gracia; el ángel, la alegría; y gloria muy grande la augusta Trinidad (3).

El divino Salvador vendría á nosotros lleno de dulzura y mansedumbre (4); más antes que en el mundo, esa mansedumbre y dulzura tendrían que derramarse en el seno de su dichosa y santa Madre: aquí permanecería por nueve meses, teniendo la misma vida, los mismos movimientos, y representando no más una existencia: ¡qué comunicación tan inefable y misteriosa! ¡qué intimidad! Permanecerá en su Hijo, y su Hijo en Ella; lo vestirá de su carne inmaculada, y será vestida de su gloriosa majestad (5): el Hijo sentirá toda la ternura del corazón de una Madre sensible y amorosa cual ninguna, y esta Madre, á su vez, tendrá que recibir, y después comunicar al mundo, la fuente misma de todas las misericordias del Señor.

Los grandes destinos de María.—Figura entre éstos el ser madre de todos los cristianos. Basta

-
- (1) Luc., I, 78, Hugo in hunc loc.
 (2) Hieron. De Assump, B. V. M.
 (3) Bern., De Verb. Apoc. Serm. I.
 (4) Zach., IX, 9; Matt. XXI, 5.
 (5) S. Bern., De Verb. Apoc. I.

haberlo dicho para comprender que el corazón de María debió ser un piélago insondable de dulzura. ¿Quién ha contado las lágrimas y dolores de los hombres? Nace el hombre de mujer, pasa rápidamente por el camino de la vida, llevando el corazón lleno de miserias (1). Es una flor que luego es cortada; es una sombra que huye y desaparece. Sublimes expresiones que pintan con viveza nuestros males; mas cuando el hombre tiene madre, sabe dónde se halla la fuente del consuelo, dónde descansará su alma fatigada; cuál es el seno que ha de recibir sus lágrimas, y el corazón que escucha con ternura sus sollozos: en la más desesperada situación, si recuerda el rostro de su madre, la suave luz de sus miradas, sus dulcísimas palabras y consejos, y los suspiros que el amor sabía arrancarle, sentirá que calman sus angustias, y el alivio, cual suave y fresca brisa, serena ya su enardecida frente: él sabe que no hay dolores ni pesares que no se ahoguen en el corazón de la mujer que lo llevó en su seno; ni amarguras que allí mismo no hallen un bálsamo precioso que las destruya y las destierre: y el hombre jamás se engaña en esto.

Tal es la ternura que Dios mismo ha dado á nuestras madres; ¿cuál sería la que su Majestad derramó en el corazón de Aquella á quien volverían sus ojos todos los mortales en demanda de amparo y de consuelo? Reunamos la ternura y compasión de todos los corazones maternales; sus benéficas corrientes cruzan el mundo en todas di-

(1) Job, XIV, 1, 2.

recciones, llevando la vida á todas partes, y vienen á sumergirse en el seno de María; y ese seno no rebosa. Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa: van los ríos á desaguar en el mar, lugar de donde salieron, para volver á correr de nuevo (1). Ni el mar se seca á la salida de los ríos, ni menos inunda la tierra cuando de nuevo entran en él. Hé aquí el verdadero origen de la ternura de las madres cristianas, esa ternura que admira y encanta por su elevación, su constancia, sus sacrificios; ternura que ni el tiempo ni los trabajos debilitan; que no cede á los peligros, los que, antes bien, la vuelven más viva y acendrada. ¿De quién ha aprendido la madre cristiana la resignación y el sufrimiento en la adversidad, el entregarse á los peligros y tristezas del destierro, sino de la incomparable Madre de Jesús, que, siguiendo las órdenes del cielo, dejó su patria y viajó al Egipto, donde estuvo largos años? ¿Y no es María también la que ha enseñado á nuestras madres el camino del martirio, subiendo la colina del Calvario?

De ese mar de ternura y compasión han salido, por lo mismo, los sentimientos de amor y de bondad con que está enriquecido el corazón de la que nos llevó en su seno: asimismo á ese mar vuelven también nuestras madres á beber las aguas de la vida, si su alma deja de elevarse ó llega á empobrecer.

Bástanos lo dicho para comprender que es inmensa la ternura de María, ternura que no mide

(1) Eclae., I, 7.

la humana inteligencia. ¿Quién ha medido la altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad del abismo? (1). Y elevada es la ternura de María como el cielo de donde bajó al Verbo del Padre; inmensa en su extensión como la tierra donde protege á todos los mortales: y profunda también como el abismo, cuando desciende á curar nuestras miserias. Por esto sólo el Criador, altísimo, omnipotente, y rey grande, y sumamente terrible, que está sentado sobre su trono, y es el Señor Dios, es el que la dió el sér en el Espíritu Santo, la comprendió, y numeró, y midió (2). Y la derramó sobre todas sus obras, y sobre toda carne, según su liberalidad, y la comunicó á los que le aman.

Si estas palabras no encierran para todos nosotros un riquísimo tesoro de esperanza, ¡ay del hombre! Mas no; Dios mismo nos ha dado un lugar en el corazón de María, señalando la medida de ternura que á cada uno corresponde; pero medida semejante á la otra de que habla Jesucristo, buena, apretada y bien colmada hasta que se derrame (3); porque la liberalidad de que proviene es inmensa. Cuando decimos todo esto y levantamos los ojos á María, lánzase hasta su trono el corazón, la abrazamos con los ardientes afectos del alma, lloramos de amor á sus sagrados pies, y le decimos: «Después de Dios, Tú eres mi esperanza, mi herencia en la tierra de los vivien-

(1) Eccí., I, 2.

(2) V. 8, 10.

(3) Luc., VI, 38.

tés» (1). Quisiéramos aquí pasar toda la vida, y todo dejarlo en el olvido por María. Hé aquí nuestro Thabor, mansión de inefable ventura, por la que suspira el alma.

Los antiguos justos veían que el corazón de la futura Madre del Señor encerraría todos los tesoros de clemencia y consuelo, de la bondad y la gracia de Dios. Era para ellos María aquel misterioso vellocino que recibió, él solo, el rocío de los cielos (2), embebiendo, para derramarlas después en el mundo, las aguas de la divina misericordia, de la cual está escrito: «¡Cuán amable es la misericordia del Señor en el tiempo de la tribulación! Es como las nubes que se deshacen en agua en tiempo de sequía» (3).

Era asimismo la incomparable María aquella tierra bendita llena de misericordia del Señor (4), que recogiendo la benignidad en sus entrañas nos dió el fruto de la vida eterna (5). Era el camino del Dios que descendió á nosotros trayéndonos la paz del cielo, camino del que escribió David: «¡Oh Dios, santo es tu camino» (6). Era María también el hermoso trono de zafiro sobre el que sentaríase el Hombre Dios; trono rodeado por el iris, símbolo de la divina misericordia (7); era el santuario co-

(1) Ps. CXLI, 6.

(2) Jud., VI, 37.—Ps. LXXI, 6.

(3) Eccí., xxxv, 26.

(4) Ps. CXVIII, 64.

(5) Ps. LXXXIV, 2, 13.

(6) Ps. LXXV, 14.

(7) Ezequi., 26, 28.

locado por Dios mismo en medio de su pueblo; su sagrado tabernáculo, lugar de su mansión perpetua (1).

Veían también los antiguos justos á la purísima Virgen que Dios había anunciado, como un excelso monte sobre el cual se elevaría la casa del Señor; cuyos cimientos se asentarían sobre la cumbre de todas las montañas; casa del Dios de Jacob donde se mostrarían los caminos del Señor (2); caminos de los que dijo un profeta: «Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad» (3). Contemplábanla de la misma manera en aquella hermosa mansión de paz, tabernáculo de seguridad y envidiable descanso de que gozaría el pueblo del Señor (4). Era María la hermosa Sión, en la que se harían las grandes solemnidades del Señor; la Jerusalén bendita de los cielos, mansión opulenta, donde solamente el Señor hace alarde de su magnificencia, donde es el lugar de ríos anchísimos y caudalosos que traerían en sus corrientes la gracia y el perdón (5).

Preséntase también á los ojos de nuestros padres la futura Madre del Redentor como el hermoso templo de Dios, de donde sale una fuente que riega con sus aguas el valle de las espinas (6); como el bello y florido Carmelo, donde Dios apa-

(1) Ezeq., xxxvii, 26, 27.

(2) Isa., II, 2, 3.

(3) Ps. xxiv, 10.

(4) Isa., xxii, 18.

(5) Isa., xxiv, 20, 21.

(6) Joel, III, 18.

centaría á su pueblo; como el campo feraz de Baisán y Galaad, donde también andaría la grey del Señor (1).

David, de quien hemos hablado, veía á la mujer predestinada del cielo para salvación del mundo en su divino Hijo, ya como una Reina que se halla á la diestra del mismo Hijo, con brillante vestido, en un trono sublime, y en cuyo rostro, lleno de amable dulzura, tienen puestos sus ojos las hijas de Tiro, rogando y ofreciéndole dones (2); ya también cual Señora de gran majestad, de cuyas manos piadosas y llenas de inmensas riquezas, está pendiente la humilde mirada de su sierva (3); ya como esclava de Dios, á quien pide que por Ella le salve (4); ya, en fin, la llama su Madre, y dice que en su seno nació la esperanza: «Tú eres mi esperanza desde los pechos de mi madre». Esta madre es María (5); y si queremos que el profeta únicamente nos hable de la mujer que lo llevó en su seno, bien está; pero sigamos; oid lo que añade: «De las entrañas de mi madre fuí arrojado en tus brazos. Estos son los brazos de María, en los cuales David se colocaba de antemano como un niño. Y en realidad, después de los de Dios, ¿en qué otros brazos quisiera descansar el santo rey sino en los de Aquella que había de sostener al Hijo del Eterno?

(1) Mich., VII, 14.

(2) Ps. XLIV, 10, 13.

(3) Ps. CXXII, 2.

(4) Ps. LXXXV, 16.

(5) Ps. XXI, 10, 11. De Bas, et Theol. in Gloss.

Salomón la veía destilando la miel de sus labios; «y el olor de su rico vestido, nos dice, transcendía sobre toda fragancia, cual aroma de suavísimo incienso». «Sus renuevos, añade, son un verjel delicioso de granados, con frutos de hermosos manzanos, y cipros y nardos, y azafrán y la caña aromática, y cinamomo, y los árboles todos del Líbano, la mirra, y áloe y los más exquisitos aromas». Él la llama la fuente de los huertos, el pozo de aguas vivas que bajan del Líbano formando sonantes cascadas: la llama su huerto, y manda al cierzo se aleje, y al ábrego dice que venga y esparza sus suaves perfumes.

Finalmente, otro autor inspirado contemplaba á María como la palma de Cades, que extiende sus ramas, y á cuya sombra descansa el viajero; y cual los bellos rosales que se plantan allá en Jericó, la veía como olivo que se alza en los campos, cuyo aceite simboliza piedad, cuyos ramos anuncian la paz; como vid que brota pimpollos de suavísimo olor, y sus flores dan frutos de gloria y riqueza; y nos dice que Ella es la Madre del hermoso amor, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza: que en Ella también está toda la gracia para conocer el camino de la verdad, toda la esperanza de vida y de virtud (1).

Con razón, pues, los santos de la antigua ley llenábanse de júbilo al contemplar en lontananza á la Purísima Virgen elegida antes de los siglos, conocida por el Altísimo desde la eternidad, y preparada por Él mismo para su gloria, custo-

(1) Eccí., XXIV, 18, 25.